

LA TORRE DEL VIRREY
INSTITUTO DE ESTUDIOS CULTURALES AVANZADOS

LOS DIÁLOGOS DE LA TORRE DEL VIRREY

Diálogos sobre los *Diálogos* de Platón IV

11. CÁRMIDES

11 DE MARZO DE 2023, 18H

Ponente: María Golfe

Enlace al webinar: <https://us06web.zoom.us/j/85410306665>

Los diálogos de la torre del Virrey
 La torre del Virrey. Instituto de estudios culturales avanzados
 Webinar 11 de marzo de 2023
 Curso 2022-2023
 Ponente: María Golfe

Cármides

SÓCRATES. —Entonces, proseguí yo, ninguna otra de las partes de la virtud es como la ciencia [ἐπιστήμη], ni como la justicia [δικαιοσύνη], ni como el valor [ἀνδρεία], ni como la sensatez [σωφροσύνη], ni como la piedad [όσιότης].

Protágoras, 330 a-b
 (trad. C. García Gual)

— Nada de eso —objetó Glaucón—, porque prometiste hacer tú mismo la investigación, alegando que no te era lícito [ἴσιόν] dejar de dar favor a la justicia en la medida de tus fuerzas y por todos los medios.

— Verdad es lo que recuerdas —repuse yo— y así se ha de hacer; pero es preciso que vosotros me ayudéis en la empresa.

— Por fuerza —replicó.

— Claro es, pues, que será prudente [σοφή], valerosa [ἀνδρεία], moderada [σώφρων] y justa [δικαία].

República 427 e
 (trad. de J. M. Pabón y M. Fernández-Galiano)

Es verdad que otros han escrito ya sobre ello, y todos han coincidido en la altanería de su lenguaje, lo que demuestra evidentemente que es así como se expresó, pero una cosa no dejaron suficientemente clara, y es que había llegado a la conclusión de que para él la muerte era ya en aquel momento preferible a la vida; con esta omisión resulta que su altanería de su lenguaje parece bastante insensata [ὥστε ἀφρονεστέρα αὐτοῦ φαίνεται εἶναι ἡ μεγαληγορία].

JENOFONTE, *Apología de Sócrates* 1-2
 (trad. de J. Zaragoza)

El *Cármides*: el Retorno de Sócrates. Potidea. La gran derrota de Atenas en Espartolo. Critias, Cármides, Querefonte, Sócrates (y Platón: *Cármides* y la *Carta Séptima*). “El conocimiento de la Historia de Atenas”: *Menéxeno* y *Banquete*, *Laques* y *Cármides*. Las partes de la virtud (*Protágoras* y *Cármides*). El Retorno de Sócrates y el regreso de Ulises. Sócrates: su narración y sus intenciones. Estructura del diálogo: (1) llegada de Sócrates (153 a-154 b); (2) entrada de Cármides y farsa farmacéutica (154 b-158 e; Critias *qua* torpe director teatral (155 a-157 d): el fármaco y la σωφροσύνη); (3) diálogo con Cármides (159 a-162 b; las tres definiciones de Cármides y la *República*]; (4) Critias irritado (162 c-d); (5) diálogo con Critias: παραδέχομαι (162 e-175 b; las cuatro definiciones de Critias, “la transparencia de cada uno de los seres” y la definición de Sócrates en 167 a); (6) Epílogo de Sócrates: de vuelta a la ἐπιφθῆς y conspiración de Critias y Cármides (175 b-176 d).

Bibliografía

- Platonis Opera*, ed. de John Burnet, Oxford University Press, 1903.
Disponible en Perseus Digital Library.
- PLATÓN, *Diálogos*, ed. de Emilio Lledó *et al.*, Gredos, Madrid, 2006, 9 vols.
- TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, trad. de A. Guzmán, Alianza, Madrid, 1986.
- JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates. Banquete. Apología*, trad. de J. Zaragoza, Gredos, Madrid, 1993.
- , *Helénicas*, trad. O. Guntiñas, Gredos, Madrid, 2000.
- HOMERO, *Odisea*, trad. de L. Segalá, disponible en: [https://es.wikisource.org/wiki/La_Odisea_\(Luis_Segal%C3%A1_y_E_stalella\)](https://es.wikisource.org/wiki/La_Odisea_(Luis_Segal%C3%A1_y_E_stalella))
- HERÓDOTO, *Historias*, trad. de C. Schrader, Círculo de Lectores, 1996.
- ARISTÓFANES, *Comedias II*, trad. de L. Gil, Gredos, Madrid, 2011.
- DEBRA NAILS, *The People of Plato: A Prosopography of Plato and Other Socratics*, Hackett, Indianápolis, 2002.
- CATHARINE H. ZUCKERT, *Plato's Philosophers. The coherence of the dialogues*, The University of Chicago Press, 2009.

- LAURENCE LAMPERT, *How Philosophy Became Socratic: A Study of Plato's Protagoras, Charmides, and Republic*, The University of Chicago Press, 2010.
- WILLIAM H. F. ALTMAN, *Plato the Teacher. The Crisis of the Republic*, Lexington Books, Lanham, MD, 2012.
- , *Ascent to the Good: The Reading Order of Plato's Dialogues from Symposium to Republic*, Lexington Books, Lanham, MD, 2018.
- , 'El Orden de Lectura de los *Diálogos* de Platón', trad. de J. M. Jiménez Caballero, *La torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*, 25/1 (2019). <https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/269/236>
- , *Ascent to the Beautiful. Plato the Teacher and the Pre-Republic Dialogues from Protagoras to Symposium*, Lexington Books, Lanham, MD, 2020.
- , *Platón el maestro. La crisis de la República*, trad. de M. Golfe, UCOPress, Córdoba, 2023.

TEXTOS EN LA PERIFERIA

Cármides 153 a

Había vuelto yo, en la tarde anterior, de Potidea, del campamento, y me alegraba, después de tanto tiempo, de volver a las distracciones que solía.

TUCÍDIDES 2.79.6-7

Cuando los atenienses atacaban retrocedían los otros, pero cuando cedían terreno, los otros arremetían lanzando dardos. Los jinetes calcídeos los atacaban cabalgando por donde más oportuno les parecía, y atemorizaban no poco a los atenienses, a los que pusieron en fuga y persiguieron largo trecho. Los atenienses buscaron refugio en Potidea, recuperaron luego bajo una tregua a sus muertos y regresaron a Atenas con los supervivientes de su ejército. De ellos murieron cuatrocientos treinta, entre los cuales todos sus estrategos. Los calcídeos y los botieos erigieron un trofeo, y tras recoger a sus muertos se separaron cada cual a su ciudad.

Banquete 219 d-222 c

ALCIBÍADES. — Después de esto, ¿qué sentimientos creéis que tenía yo, pensando [με διάνοιαν ἔχειν], por un lado, que había sido despreciado, y admirando, por otro, la naturaleza [φύσιν] de este hombre, su templanza y su valentía [τε καὶ σωφροσύνην καὶ ἀνδρείαν], ya que en prudencia y firmeza [εἰς φρόνησιν καὶ εἰς καρτερίαν] había tropezado con un hombre tal como yo no hubiera pensado que iba a encontrar jamás? De modo que ni tenía por qué irritarme y privarme de su compañía [συνουσίας], ni encontraba la manera de cómo podría conquistármelo. Pues sabía bien que en cuanto al dinero era por todos lados mucho más invulnerable que Ayante al hierro, mientras que con lo único que pensaba que iba a ser conquistado se me había escapado. Así, pues, estaba desconcertado y deambulaba de acá para allá esclavizado [καταδεδουλωμένος] por este hombre como ninguno lo había sido por nadie. Todas estas cosas, en efecto, me habían sucedido antes; mas luego hicimos juntos la expedición contra Potidea y allí éramos compañeros de mesa [ἔγένετο κοινὴ καὶ συνεσιτοῦμεν ἐκεῖ]. [...] Todavía en otra ocasión, señores, valió la pena contemplar a Sócrates [θεάσασθαι Σωκράτη], cuando el ejército huía de Delión en retirada. Se daba la circunstancia de que yo estaba como jinete y él con la armadura de hoplita. Dispersados ya nuestros hombres, él y Laques se retiraban juntos. Entonces yo me tropiezo casualmente con ellos y, en cuanto los veo, les exhorto a tener ánimo, diciéndoles que no los abandonaré. En esta ocasión, precisamente, pude contemplar a Sócrates mejor que en Potidea, pues por estar a caballo yo tenía menos miedo. En primer lugar, ¡cuánto

aventajaba a Laques en dominio de sí mismo [τῷ ἔμφρων εἶναι]! [...] Es cierto que en otras muchas y admirables cosas podría uno elogiar a Sócrates. Sin embargo, si bien a propósito de sus otras actividades tal vez podría decirse lo mismo de otra persona, el no ser semejante a ningún hombre [τὸ δὲ μηδενὶ ἀνθρώπων ὅμοιον εἶναι], ni de los antiguos, ni de los actuales, en cambio, es digno de total admiración. [...] Pero como es este hombre, aquí presente, en originalidad, tanto él personalmente como sus discursos [οἷος δὲ οὕτοσι γέγονε τὴν ἀτοπίαν ἄνθρωπος, καὶ αὐτὸς καὶ οἱ λόγοι αὐτοῦ], ni siquiera remotamente se encontrará alguno, por más que se le busque, ni entre los de ahora, ni entre los antiguos. [...]

Porque, efectivamente, y esto lo omití al principio, también sus discursos son muy semejantes a los silenos que se abren. Pues si uno se decidiera oír los discursos de Sócrates, al principio podrían parecer totalmente ridículos. ¡Tales son las palabras y expresiones con que están revestidos por fuera, la piel, por así decir, de un sátiro insolente! Habla, en efecto, de burros de carga, de herreros, de zapateros y curtidores, y siempre parece decir lo mismo con las mismas palabras, de suerte que todo hombre inexperto y estúpido se burlaría de sus discursos. Pero si uno los ve cuando están abiertos y penetra en ellos [ἂν τῶν λόγων καταγέλαιεν], encontrará, en primer lugar, que son los únicos discursos que tienen sentido por dentro; en segundo lugar, que son los más divinos, que tienen en sí mismos el mayor número de imágenes de virtud [πλεῖστα ἀγάλματ' ἀρετῆς] y que abarcan la mayor cantidad de temas, o más bien, todo cuanto le conviene examinar al que piensa llegar a ser noble y bueno [καλῶ κάγαθῶ].

Esto es, señores, lo que yo elogio en Sócrates, y mezclando a la vez lo que le reprocho os he referido las ofensas que me hizo. Sin embargo, no las ha hecho sólo a mí, sino también a Cármides, el hijo de Glaucón, a Eutidemo, el hijo de Diocles, y a muchísimos otros, a quienes él engaña entregándose como amante, mientras que luego resulta, más bien, amado en lugar de amante. Lo cual también a ti te digo, Agatón, para que no te dejes engañar por este hombre, sino que, instruido por nuestra experiencia, tengas precaución y no aprendas, según el refrán, como un necio, por experiencia propia.

Al decir esto Alcibíades, se produjo una risa general por su franqueza, puesto que parecía estar enamorado todavía de Sócrates.

Cármides 155 b

CRITIAS. — No hace mucho me dijo que por las mañanas, al levantarse, le pesaba la cabeza. ¿Qué te impide hacer ver ante él que sabes de un remedio para su enfermedad?

TUCÍDIDES 2.49.7-8

La enfermedad recorría todo el cuerpo, de arriba abajo, comenzando primero por asentarse en la cabeza [διεξήκει γὰρ διὰ παντὸς τοῦ σώματος ἄνωθεν ἀρξάμενον τὸ ἐν τῇ κεφαλῇ πρῶτον ἰδρυθὲν κακόν], y si alguien se sobreponía a los ataques de las partes vitales, conservaba sin embargo las señales del mal en las extremidades, pues atacaba a los órganos genitales y a los dedos de las manos y de los pies; hubo muchos que consiguieron librarse tras haberlos perdido, y algunos tras haber perdido los ojos. A otros, en cambio, al iniciarse su recuperación les sobrevinía una amnesia total, y no se podían reconocer ni a sí mismos ni a sus familiares.

Critias 116 a

La isla, en la que estaba el palacio real, tenía un diámetro de cinco estadios. Rodearon ésta, las zonas circulares y el puente, que tenía una anchura de cien pies, con una muralla de piedras y colocaron sobre los puentes, en los pasajes del mar, torres y puertas a cada lado. Extrajeron la piedra de debajo de la isla central y de debajo de cada una de las zonas circulares exteriores e interiores; las piedras eran de color blanco, negro y rojo.

Carta Séptima 324 b-326 a

Tenía la idea [ᾠήθη] de dedicarme a la política [ἐπὶ τὰ κοινὰ τῆς πόλεως] tan pronto como fuera dueño de mis actos [εἰ θᾶπτον ἑμαυτοῦ γενοίμην κύριος], y las circunstancias en que se me presentaba la situación de mi país eran las siguientes: al ser acosado por muchos lados el régimen político entonces existente, se produjo una revolución [ὑπὸ πολλῶν γὰρ τῆς τότε πολιτείας λαιδορουμένης μεταβολὴ γίγνεται]; al frente de este cambio político se establecieron como jefes cincuenta y un hombres: once en la ciudad y diez en el Pireo (unos y otros encargados de la administración pública en el ágora y en los asuntos municipales), mientras que treinta se constituyeron con plenos poderes como autoridad suprema [τριάκοντα δὲ πάντων ἄρχοντες κατέστησαν αὐτοκράτορες]. Ocurría que algunos de ellos eran parientes y conocidos míos [τινες οἰκεῖοί τε ὄντες καὶ γνώριμοι ἐτύγχανον ἐμοί] y, en consecuencia, me invitaron al punto a colaborar en trabajos que, según ellos, me interesaban. Lo que me ocurrió no es de extrañar [θαυμαστὸν οὐδὲν], dada mi juventud: yo creí que iban a gobernar la ciudad sacándola de un régimen injusto para llevarla a un sistema justo [ἔκ τινος ἀδίκου βίου ἐπὶ δίκαιον τρόπον ἄγοντας διοικήσειν δὴ τὴν πόλιν], de modo que puse una enorme atención en ver lo que podía conseguir. En realidad, lo que vi es que en poco tiempo hicieron parecer de oro al antiguo régimen [ἐν χρόνῳ ὀλίγῳ χρυσὸν ἀποδείξαντας τὴν ἔμπροσθεν πολιτείαν]; entre otras cosas, enviaron a mi querido y viejo amigo Sócrates

[φίλον ἄνδρα ἐμοὶ πρεσβύτερον Σωκράτη], de quien no tendría ningún reparo en afirmar que fue el hombre más justo [δικαιότατον εἶναι] de su época, para que, acompañado de otras personas, detuviera a un ciudadano y lo condujera violentamente a su ejecución, con el fin evidente de hacerle cómplice de sus actividades criminales [μετέχοι τῶν πραγμάτων αὐτοῖς] tanto si quería como si no. Pero Sócrates no obedeció y se arriesgó a toda clase de peligros antes que colaborar en sus iniquidades [ὁ δ' οὐκ ἐπέιθετο, πᾶν δὲ παρεκινδύνευσεν παθεῖν πρὶν ἀνοσιῶν αὐτοῖς ἔργων γενέσθαι κοινωνός]. Viendo, pues, como decía, todas estas cosas y aun otras de la misma gravedad, me indigné y me abstuve de las vergüenzas de aquella época. Poco tiempo después cayó el régimen de los Treinta con todo su sistema político [χρόνῳ δὲ οὐ πολλῷ μετέπεσε τὰ τῶν τριάκοντά τε καὶ πᾶσα ἢ τότε πολιτεία]. Y otra vez, aunque con más tranquilidad, me arrastró el deseo de dedicarme a la actividad política [περὶ τὸ πράττειν τὰ κοινὰ καὶ πολιτικὰ ἐπιθυμία]. Desde luego, también en aquella situación, por tratarse de una época turbulenta, ocurrían muchas cosas indignantes, y no es nada extraño que, en medio de una revolución, algunas personas se tomaran venganzas excesivas de sus enemigos. Sin embargo, los que entonces se repatriaron se comportaron con una gran moderación [καίτοι πολλῇ γε ἐχρήσαντο οἱ τότε κατελθόντες ἐπιεικείᾳ]. Pero la casualidad quiso que algunos de los que ocupaban el poder hicieran comparecer ante el tribunal a nuestro amigo [τὸν ἑταῖρον] Sócrates, ya citado, y presentaran contra él la acusación más inicua y más inmerecida [ἀνοσιωτάτην αἰτίαν]: en efecto, unos hicieron comparecer, acusado de impiedad, y otros condenaron y dieron muerte al hombre que un día se negó a colaborar en la detención ilegal de un amigo de los entonces desterrados, cuando ellos mismos sufrían la desgracia del exilio. Al observar yo estas cosas y ver a los hombres que llevaban la política, así como las leyes y las costumbres [τὰ πολιτικά, καὶ τοὺς νόμους γε καὶ ἔθη], cuanto más atentamente lo estudiaba y más iba avanzando en edad, tanto más difícil me parecía administrar bien los asuntos públicos. Por una parte, no me parecía que pudiera hacerlo sin la ayuda de amigos y colaboradores de confianza [οὔτε γὰρ ἄνευ φίλων ἀνδρῶν καὶ ἑταίρων πιστῶν οἷόν τ' εἶναι πράττειν], y no era fácil encontrar a quienes lo fueran, ya que la ciudad ya no se regía según las costumbres y usos de nuestros antepasados, y era imposible adquirir otros nuevos con alguna facilidad. Por otra parte, tanto la letra de las leyes como las costumbres se iban corrompiendo hasta tal punto que yo, que al principio estaba lleno de un gran entusiasmo para trabajar en actividades públicas [ἐπὶ τὸ πράττειν τὰ κοινά], al dirigir la mirada a la situación y ver que todo iba a la deriva por todas partes, acabé por marearme. Sin embargo, no dejaba de reflexionar [σκοπεῖν] sobre la posibilidad de mejorar la situación y, en consecuencia, todo el sistema político [περὶ τὴν πᾶσαν πολιτείαν], pero sí dejé de esperar continuamente las ocasiones para actuar, y al final llegué a comprender que todos los Estados actuales están mal gobernados [τελευτῶντα δὲ νοῆσαι περὶ πασῶν τῶν νῦν πόλεων ὅτι κακῶς σύμπασαι πολιτεύονται]; pues su

legislación casi no tiene remedio sin una reforma extraordinaria unida a felices circunstancias. Entonces me sentí obligado a reconocer, en alabanza de la filosofía verdadera [τὴν ὀρθὴν φιλοσοφίαν], que sólo a partir de ella es posible distinguir lo que es justo, tanto en el terreno de la vida pública como en la privada [ὡς ἐκ ταύτης ἔστιν τὰ τε πολιτικὰ δίκαια καὶ τὰ τῶν ἰδιωτῶν πάντα κατιδεῖν].

JENOFONTE, *Helénicas* 2.4.14-16

En los primeros tiempos Critias era de la misma opinión y amigo de Terámenes, pero después él se inclinó a dar muerte a muchos porque había sido desterrado por el partido democrático, y Terámenes se oponía alegando que no estaba bien condenar a muerte a uno porque era honrado por el pueblo, pero que no había hecho ningún daño a las personas de bien, «puesto que incluso tú y yo, afirmaba, dijimos e hicimos muchas cosas por agradar a la ciudad». El (pues aún trataba familiarmente a Terámenes) le replicaba que no podía ceder ante los que deseaban tener más, de modo que no impidiese quitar de en medio a los más capaces: «Pero si crees, porque somos treinta y no uno solo, que se ha de utilizar menos en cierto modo este poder como tiranía [τυραννίδος], eres un ingenuo».

JENOFONTE, *Apología de Sócrates* 1.2.12-17

Pero, decía su acusador, al menos dos contertulios que tuvo Sócrates, Critias y Alcibíades, hicieron muchísimo daño a la ciudad. Pues Critias fue el más ladrón y violento de cuantos ocuparon el poder en la oligarquía [τῇ ὀλιγαρχίᾳ πάντων πλεονεκτίστατός τε καὶ βιαιότατος ἐγένετο], y Alcibíades, por su parte, fue el más disoluto e insolente [πάντων ἀκρατέστατός τε καὶ ὕβριστότατος] de los personajes de la democracia. Por mi parte, no voy a defenderles, si estos dos hicieron algún daño a la ciudad, pero explicaré su relación con Sócrates tal como ocurrió. Estos dos hombres fueron por naturaleza los más ambiciosos de todos los atenienses [ἐγενέσθην μὲν γὰρ δὴ τῷ ἄνδρῳ τούτῳ φύσει φιλοτιμοτάτω πάντων Ἀθηναίων], querían que todo se hiciera por mediación de ellos y llegar a ser más famosos que nadie. Sabían que Sócrates con poquísimos dinero vivía en tal independencia [αὐταρκέστατα ζῶντα], que era muy morigerado en todos los placeres y que a cuantos conversaban con él los manejaba con sus razonamientos como quería. Al darse cuenta los dos de ello y siendo como hemos dicho antes, ¿podría decir alguien que aspiraban a la compañía de Sócrates deseando participar de la vida moderada que llevaba [τοῦ βίου τοῦ Σωκράτους ἐπιθυμήσαντε καὶ τῆς σωφροσύνης], o porque creían que si trataban con él llegarían a ser capacitadísimos en el arte de hablar y obrar [λέγειν τε καὶ πράττειν]; Porque, por mi parte, creo que, si un dios les hubiera propuesto vivir toda su vida como veían vivir a Sócrates o morir, ambos habrían preferido más

bien morir. Con su conducta se pusieron en evidencia, pues tan pronto como se consideraron superiores a sus compañeros, se apartaron de Sócrates y se dedicaron a la política, que es la razón por la que le buscaron [ὧνπερ ἔνεκα Σωκράτους ὠρεχθήτην]. Tal vez alguien podría objetar que Sócrates debió enseñar a sus discípulos la prudencia antes que la política [τὰ πολιτικὰ διδάσκειν τοὺς συνόντας ἢ σωφρονεῖν].

Cármides 155 a

SÓCRATES. — Todo esto -dije yo-, amigo Critias, son dones que de lejos os vienen; de vuestro parentesco con Solón. Pero, ¿por qué no llamas ya al mozo y me lo presentas? Pues, ni en el caso de que fuera todavía más joven, le daría apuro conversar con vosotros; al menos delante de ti que eres, al mismo tiempo, tutor y primo suyo.

Cármides 157 e-158 b

Y es muy justo, dije yo, Cármides, que en todas estas cosas te distingas de los demás. Porque bien sé que a ningún otro de aquí y ahora le sería fácil mostrar qué dos casas de las de Atenas podrían concurrir, según parece, al nacimiento de un vástago más hermoso y noble que aquellas de las que tú procedes. Porque, por parte de padre, desciende de Critias el de Drópides, y tal como se cuenta, vuestra casa ha sido ensalzada por Anacreonte, Solón y otros muchos poetas como excelente en belleza y en virtudes y en todo aquello que cuenta para la felicidad. Y lo mismo por el lado materno. Nadie, en efecto, en toda nuestra tierra, ha sido tan famoso como tu tío Pirilampo, en hermosura y grandeza, cada vez que iba como enviado al Gran Rey o a cualquier otro de los de Asia. En resumidas cuentas, en nada es inferior a la otra familia. Puesto que de tales linajes procedes, es natural que seas el primero en todo. Y en lo que puede percibirse de tu presencia, querido hijo de Glaucón, me parece que a ninguno de tus antepasados tienes, en nada, que irle a la zaga.

Cármides 153 a-b

Una vez allí, me tropecé con mucha gente, que en parte me era desconocida; pero a la mayoría los conocía. En cuanto me vieron que entraba tan de improviso, se pusieron a saludarme de lejos, cada cual desde su sitio. Pero Querefonte, maniático [μανικὸς] como es él, saltó de entre el medio.

Apología de Sócrates 20 e-21 a

En efecto, conocíais sin duda a Querefonte. Éste era amigo [ἑταῖρος] mío desde la juventud y adepto [ἑταῖρός] al partido democrático, fue al destierro y regresó con vosotros. Y ya sabéis cómo era Querefonte, qué vehemente [σφοδρὸς] para lo que emprendía. Pues bien, una vez fue a Delfos y tuvo la audacia de preguntar al oráculo esto —pero como he dicho, no protestéis, atenienses—, preguntó si había alguien más sabio que yo. La Pitia le respondió que nadie era más sabio. Acerca de esto os dará testimonio aquí este hermano suyo, puesto que él ha muerto.

ARISTÓFANES, *Las aves* 1277-99

HERALDO. — ¡Oh!, fundador de la famosísima ciudad aérea [ᾧ κλεινοτάτην αἰθέριον οἰκίσας πόλιν], no sabes cuánta estimación has ganado entre los hombres y cuántos enamorados tienes de esta región. Antes de que fundaras esta ciudad, todos los hombres de entonces tenían la manía de Lacedemonia, se dejaban crecer la melena, pasaban hambre, iban sucios, imitaban a Sócrates [ἔσωκράτου], llevaban garrotes espartanos. Ahora han cambiado de actitud y tienen la manía de los pájaros y hacen todo por el placer de imitar lo que éstos hacen. Primero: al amanecer vuelan todos a la vez del lecho al pasto como nosotros y de allí se lanzan a los carteles y en ellos se atiborran de decretos. Y tan evidente es su manía por los pájaros que a muchos les han puesto los nombres de éstos. A un tendero cojo se le llamó ‘Perdiz’, a Menipo se le dio el nombre de ‘Golondrina’, y el de ‘Cuervo tuerto’ a Opuntio; ‘Alondra moñuda’ a Filocles, ‘Oca-zorra’ a Teógenes, ‘Ibis’ a Licurgo, ‘Murciélago’ a Querefonte y a Siracosio ‘Urraca’. A Midias, por supuesto, se le llamó ‘Codorniz’, pues se parecía a una codorniz que hubiera recibido un golpe en la cabeza.

ARISTÓFANES, *Las aves* 1554-64

CORO. —

*Junto a los Esciápodes hay
una laguna, donde sin lavarse
Sócrates evoca las almas.
Allí llegó también Pisandro,
deseoso de ver su alma [ψυχὴν ἰδεῖν ἦ]
que le había abandonado en vida,
con un camello-cordero como víctima,*

a la que degolló y como Ulises se fue.

*Entonces de abajo subió [κᾶτ' ἀνῆλθ' αὐτῶ κάτωθεν] para
beber la sangre del camello*

Querefonte, el murciélago.

Gorgias 447 c-d

SÓCRATES. — Eso es admirable. Querefonte, pregúntale.

QUEREFONTE. — ¿Qué debo preguntarle?

SÓCRATES. — Qué es.

QUEREFONTE. — ¿Qué quieres decir?

SÓCRATES. — Por ejemplo, si hiciera calzado respondería, sin duda, que es zapatero; ¿no comprendes lo que digo?

ARISTÓFANES, *Las nubes* 500-502

ESTREPSÍADES. — Dime sólo esto. Si soy estudioso y aprendo con aplicación [ἦν ἐπιμελής ὧ καὶ προθύμως μανθάνω], ¿a cuál de tus discípulos [μαθητῶν] me pareceré?

SÓCRATES. — Serás igualito que Querefonte en tu disposición [φύσιν].

ESTREPSÍADES. — ¡Desdichado de mí!, quedaré medio muerto [οἷμοι κακοδαίμων ἡμιθνής γενήσομαι].

Cármides 153 b-c

QUEREFONTE. — Hasta aquí han llegado nuevas, dijo, de que la batalla ha sido muy dura y de que en ella han muerto muchos conocidos [γνωρίμων].

HOMERO, *Odisea* 16.8-9

Cuando Telémaco llegó a la majada, los perros ladrones le halagaron, sin que ninguno ladrase. Advirtió Ulises que los perros movían la cola, percibió el ruido de las pisadas, y en seguida dijo a Eumeo estas aladas palabras: «¡Eumeo! sin duda viene algún compañero tuyo u otro conocido [ἑταῖρος ἢ καὶ γνώριμος], porque los perros en vez de ladrar mueven la cola y oigo ruido de pasos.»

Protágoras 309 a

AMIGO [Ἐταῖρος]. — ¿De dónde sales, Sócrates?

Carmides 153 c

QUEREFONTE. — ¿Estuviste presente [παρεγένου] en el combate?, preguntó.

SÓCRATES. — Estuve [παρεγενόμην].

QUEREFONTE. — Entonces siéntate aquí y cuéntanos, porque aún no nos han informado [πεπύσμεθα] de todo con detalle.

Cármides 161 a

SÓCRATES. — Entonces, ¿qué pasa?, dije yo, ¿es que no crees que Homero está en lo cierto cuando dice: «No es buena la compañía del pudor para el hombre indigente»?

Cármides 156 d-e

Así es, Cármides, lo que pasa con esto del ensalmo [ἐπωδής]. Yo lo aprendí, allá en el ejército, de uno de los médicos tracios de Zalmoxis, de los que se cuenta que resucitan a los muertos [ἀπαθανατίζειν]. Por cierto, que aquel tracio decía que los médicos griegos estarían conformes con todo esto que yo acabo de decir; pero que Zalmoxis, nuestro rey [βασιλεύς], siendo como es dios [θεὸς ὄν], sostenía que no había de intentarse la curación de unos ojos sin la cabeza y la cabeza, sin el resto del cuerpo [οὐδὲ κεφαλὴν ἄνευ σώματος]; así como tampoco del cuerpo, sin el alma [οὕτως οὐδὲ σῶμα ἄνευ ψυχῆς]. Esta sería la causa de que se le escapasen muchas enfermedades a los médicos griegos: se despreocupaban del conjunto, cuando es esto lo que más cuidados requiere, y si ese conjunto no iba bien, era imposible que lo fueran sus partes. Pues es del alma de donde arrancan todos los males y los bienes [τὰ κακὰ καὶ τὰ ἀγαθὰ] para el cuerpo y para todo el hombre; como le pasa a la cabeza con los ojos.

HERÓDOTO 4.93-94.1

Los tracios que ocupan Salmideso y los que están establecidos al norte de las ciudades de Apolonia y Mesambria reciben, respectivamente, el nombre de escirmíadas y nipseos) se rindieron a Darío sin presentar batalla; en cambio, los getas, que son los tracios más valerosos y más justos [ἀνδρηότατοι καὶ δικαιοτάτοι], se obstinaron en una imprudente resistencia y fueron reducidos en seguida.

Por cierto que se creen inmortales [ἀθανατίζουσι δὲ τόνδε τὸν τρόπον], entendiendo por tal lo siguiente: piensan [νομίζουσι] que no mueren, sino que, a la hora de morir, van a reunirse con Salmoxis, un ser divino [Σάλμοξιν δαίμονα].

HERÓDOTO 4.94.4

Asimismo, estos mismos tracios, cada vez que truena o relampaguea, disparan flechas al aire, airados con el cielo, al tiempo que amenazan al dios, pues no creen que exista ningún otro dios que no sea el suyo [οὐδένα ἄλλον θεὸν νομίζοντες εἶναι εἰ μὴ τὸν σφέτερον].

HERÓDOTO 4.95.1-2

Pero, según he oído decir a los griegos que viven en el Helesponto y en el Ponto, el tal Salmoxis fue un hombre que sirvió como esclavo en Samos: estuvo al servicio de Pitágoras, hijo de Mnesarco; posteriormente consiguió la libertad y amasó cuantiosas riquezas, regresando con ellas a su país.

HERÓDOTO 4.96.1-2

Por mi parte, yo ni dejo de creer ni, en cualquier caso, creo ciegamente en la historia de este hombre y en la de la cámara subterránea; pero considero que el tal Salmoxis vivió muchos años antes que Pitágoras. Y bien que Salmoxis haya sido un ser humano, bien que se trate de una divinidad propiamente nacional de los getas, dejémoslo estar.

Protágoras 329 c-e

SÓCRATES. — Detállame, por favor, exactamente con un razonamiento, si la virtud es una cierta unidad y si son partes de ella la justicia, la sensatez y la piedad, o estas que yo ahora nombraba son, todas, nombres de algo idéntico que es único. Eso es lo que aún ansío.

PROTÁGORAS. — Fácil es eso de responder, Sócrates, contestó, que de la virtud, que es única, son partes las que preguntas.

SÓCRATES. — ¿Acaso, dije, como son partes las partes del rostro: la boca, la nariz, los ojos y las orejas; o son como las porciones del oro que en nada se diferencian entre sí y del conjunto, sino sólo por su grandeza y pequeñez?

PROTÁGORAS. — De aquel modo, me parece, Sócrates, como las partes del rostro están en relación con todo el rostro.

Protágoras 333 d

SÓCRATES. — ¿Al ser sensato llamas pensar bien [σωφρονεῖν λέγεις εὖ φρονεῖν]?

PROTÁGORAS. — Sí.

SÓCRATES. — ¿Por pensar bien entiendes decidir bien aquello en lo que se obra injustamente [τὸ δ' εὖ φρονεῖν εὖ βουλεύεσθαι, ὅτι ἀδικοῦσιν]?

PROTÁGORAS. — Sea.

República 430 e

SÓCRATES. — La moderación [ἡ σωφροσύνη] es un tipo de ordenamiento [κόσμος] y de control de los placeres y apetitos [καὶ ἡδονῶν τινῶν καὶ ἐπιθυμιῶν ἐγκράτεια], como cuando se dice que hay que ser ‘dueño de sí mismo’ —no sé de qué modo—, o bien otras frases del mismo cuño. ¿No es así?

República 431 a-b

SÓCRATES. — Sin embargo, a mí me parece que lo que quiere decir esta frase [sc. ser ‘dueño de sí mismo’] es que, dentro del mismo hombre, en lo que concierne al alma hay una parte mejor y una peor [περὶ τὴν ψυχὴν τὸ μὲν βέλτιον ἔνι, τὸ δὲ χεῖρον], y que, cuando la que es mejor por naturaleza domina a la peor, se dice que es ‘dueño de sí mismo’, a modo de elogio; pero cuando, debido a la mala crianza o compañía, lo mejor, que es lo más pequeño, es dominado por lo peor, que abunda, se le reprocha entonces como deshonroso y se llama ‘esclavo de sí mismo’ e ‘inmoderado’ a quien se halla en esa situación.

República 431 e-432 b

SÓCRATES. — ¿Te das cuenta ahora cómo presagiamos correctamente hace un momento cuando dijimos que la moderación se asemeja a una especie de armonía [ὁρᾶς οὖν, ἦν δ' ἐγώ, ὅτι ἐπιεικῶς ἐμαντευόμεθα ἄρτι ὡς ἀρμονία τινὶ ἢ σωφροσύνη ὁμοίωται]?

GLAUCÓN. — ¿En qué sentido?

SÓCRATES. — En el sentido de que tanto la valentía como la sabiduría, aun residiendo cada una de ellas en una parte del Estado, logran que éste sea valiente, en un caso, sabio en el otro; mientras que no sucede lo propio con la moderación, sino que ésta se extiende sobre la totalidad de la octava musical, produciendo un canto unísono de los más débiles, los más fuertes y los intermedios —en inteligencia o en fuerza o en cantidad o en fortuna, como te

guste—, de manera que podríamos decir, con todo derecho, que la moderación es esta concordia y esta armonía natural entre lo peor y lo mejor [ὥστε ὀρθότατ' ἂν φαῖμεν ταύτην τὴν ὁμόνοιαν σωφροσύνην εἶναι, χείρονός τε καὶ ἀμείνονος κατὰ φύσιν συμφωνίαν] en cuanto a cuál de los dos debe gobernar, tanto en el Estado como en cada individuo.

República 433 b

SÓCRATES. — En tal caso, mi amigo, parece que la justicia ha de consistir en hacer lo que corresponde a cada uno [τὸ τὰ αὐτοῦ πράττειν], del modo adecuado. ¿Sabes de dónde lo deduzco?

República 433 d

SÓCRATES. — [...] de que cada uno haga lo suyo y no se dedique a nada más [τι τὸ αὐτοῦ ἕκαστος εἶς ὃν ἔπραττε καὶ οὐκ ἐπολυπραγμόνει].

República 434 c

SÓCRATES. — [...] la actuación en lo que le es propio de los linajes de los traficantes, auxiliares y guardianes, cuando cada uno haga lo suyo [ἐκάστου τούτων τὸ αὐτοῦ πράττοντος] en la ciudad, ¿no será justicia, al contrario de aquello otro, y no hará justa a la ciudad misma?

República 435 b

SÓCRATES. — Por otra parte, la ciudad nos pareció ser justa cuando los tres linajes de naturalezas que hay en ella hacían cada una lo suyo propio [τὸ αὐτῶν ἕκαστον ἔπραττεν].

Cármides 161 b

CÁRMIDES. — A mí me parece, Sócrates, dijo, que te expresas correctamente. Pero fíjate en esto, a ver qué opinas en relación con nuestro tema. Es que me acabo de acordar -cosa que alguna vez oí a alguien que lo decía de que bien podría ser la sensatez algo así como «ocuparse de lo suyo» [τὸ τὰ ἑαυτοῦ πράττειν]. Mira, pues, si te parece que anduvo en lo cierto el que esto dijo.

SÓCRATES. — ¡Ah bandido!, exclamé, eso lo has oído tú de Critias o de alguno de estos sabios.

EL CÁRMIDES

153 a-b

Había vuelto yo, en la tarde anterior, de Potidea, del campamento, y me alegraba, después de tanto tiempo, de volver a las distracciones que solía [ἐπὶ τὰς συνήθεις διατριβάς]. Llegué, pues, a la palestra de Táureas, la que está frente por frente del templo de Basile. Una vez allí, me tropecé con mucha gente, que en parte me era desconocida; pero a la mayoría los conocía. En cuanto me vieron que entraba tan de improviso, se pusieron a saludarme de lejos, cada cual desde su sitio. Pero Querefonte, maniático como es él, saltó de entre el medio, vino hacia mí.

153 d-154 a

Cuando ya teníamos bastante de todo esto, le pregunté yo, a su vez, por las cosas de aquí: qué tal le iba ahora a la filosofía, cómo andaba la juventud y si se distinguía alguno por su saber o su hermosura, o por ambas cosas.

156 b

SÓCRATES. — Claro que le conozco, dije. Ya entonces no hacía mala impresión, ¡y eso que era un niño! ¡Con que ahora que debe ser todo un mozo!

[...]

Por lo que a mí hace, amigo mío [ὦ ἑταῖρε], soy mal punto de comparación. En relación con bellos adolescentes soy aun cordel blanco», porque casi todos, en esta edad, me parecen hermosos. Ahora bien, realmente, éste me pareció maravilloso [θαυμαστός ἐφάνη], por su estatura y su prestancia. Y tuve la impresión de que todos los otros estaban enamorados de él.

154 e-155 a

SÓCRATES. — ¿Por qué, pues, no le desnudamos, de algún modo, por dentro y lo examinamos antes que a su figura [τοῦ εἴδους]? Porque, a su edad, seguro que le gustará dialogar [διαλέγεσθαι].

CRITIAS. — ¡Claro que sí! -dijo Critias-, ya que es algo así como filósofo [φιλόσοφος], y además, según opinión de otros y suya propia, sabe de poesía [πάνυ ποιητικός].

SÓCRATES. — Todo esto -dije yo-, amigo Critias, son dones que de lejos os vienen; de vuestro parentesco [συγγενείας] con Solón. Pero, ¿por qué no llamas ya al mozo y me lo presentas [ἐπέδειξάς μοι τὸν νεανίαν]? Pues, ni en el

caso de que fuera todavía más joven, le daría apuro conversar con vosotros; al menos delante de ti que eres, al mismo tiempo, tutor y primo suyo.

155 d-e

Entonces ocurrió, querido amigo [ὦ φίλε], que me encontré como sin salida [ἐγὼ ἤδη ἠπόρουν], tambaleándose mi antiguo aplomo; ese aplomo [θρασύτης] que, en otra ocasión, me habría llevado a hacerle hablar fácilmente. Pero después de que —habiendo dicho Critias que yo entendía de remedios [ὁ τὸ φάρμακον ἐπιστάμενος]— me miró con ojos que no sé qué querían decir y se lanzaba ya a preguntarme, y todos los que estaban en la palestra nos cerraban en círculo, entonces, noble amigo, intuí lo que había dentro del manto y me sentí arder y estaba como fuera de mí, y pensé que Cidias sabía mucho en cosas de amor, cuando, refiriéndose a un joven hermoso, aconseja a otro que «Si un cervatillo llega frente a un león, ha de cuidar de no ser hecho pedazos». Como si fuera yo mismo el que estuvo en las garras de esa fiera, cuando me preguntó si sabía el remedio para la cabeza [ἐπισταίμην τὸ τῆς κεφαλῆς φάρμακον], a duras penas le pude responder que lo sabía [ἐπισταίμην].

Reconocimiento de Sócrates y la descripción del fármaco

155 e-156 b

Y yo le contesté que el remedio era una especie de hierba, a la que se añadía un cierto ensalmo que, si, en verdad, alguno lo conjuraba cuando hacía uso de ella, le ponía completamente sano; pero que, sin este ensalmo, en nada aprovechaba la hierba. Y él:

CÁRMIDES. — Haré, pues, dijo, una copia del ensalmo que tú me digas.

A lo que yo repuse:

SÓCRATES. — ¿Cómo lo harás? ¿Persuadiéndome a ello, o sin necesidad de persuadirme?

Y entonces él, riéndose:

CÁRMIDES. — Persuadiéndote, Sócrates, me dijo.

SÓCRATES. — De acuerdo, dije. Y de mi nombre, ¿cómo es que estás enterado?

CÁRMIDES. — Si no lo supiera, ofendería, dijo. Porque no es poco lo que de ti se habla entre los de nuestra edad, y yo mismo me acuerdo, de cuando niño, que tú andabas ya con Critias, aquí presente.

SÓCRATES. — Sí que estás en lo cierto, le dije yo. Hablaré, pues, más abiertamente acerca del ensalmo y de cómo es.

156 d-157 d

Y yo que le oí darme la razón volví a cobrar fuerzas, y, poco a poco, me fue viniendo la audacia y se me fueron caldeando los ánimos. Entonces le dije:

SÓCRATES. — Así es, Cármides, lo que pasa con esto del ensalmo. Yo lo aprendí, allá en el ejército, de uno de los médicos tracios de Zalmoxis, de los que se cuenta que resucitan a los muertos. Por cierto, que aquel tracio decía que los médicos griegos estarían conformes con todo esto que yo acabo de decir; pero que Zalmoxis, nuestro rey, siendo como es dios, sostenía que no había de intentarse la curación de unos ojos sin la cabeza y la cabeza, sin el resto del cuerpo; así como tampoco del cuerpo, sin el alma. Esta sería la causa de que se le escapasen muchas enfermedades a los médicos griegos: se despreocupaban del conjunto, cuando es esto lo que más cuidados requiere, y si ese conjunto no iba bien, era imposible que lo fueran sus partes. Pues es del alma de donde arrancan todos los males y los bienes para el cuerpo y para todo el hombre; como le pasa a la cabeza con los ojos. Así pues, es el alma lo primero que hay que cuidar al máximo, si es que se quiere tener bien a la cabeza y a todo el cuerpo. El alma se trata, mi bendito amigo, con ciertos ensalmos y estos ensalmos son los buenos discursos, y de tales buenos discursos, nace en ella la sensatez as. Y, una vez que ha nacido y permanece, se puede proporcionar salud a la cabeza y a todo el cuerpo. Mientras me estaba enseñando el remedio y los ensalmos, me dijo: «Que no te convenza nadie a tratarte la cabeza con ese remedio, sin antes haberte entregado su alma, para que con el ensalmo se la cures. Pues también ahora, continuó, cometen los hombres la misma equivocación, al intentar, por separado, ser médicos del alma y del cuerpo». A mí me encomendó muy encarecidamente que nadie, por muy rico, noble o hermoso que fuera, me convenciera de hacerlo de otro modo. Así pues, yo — porque se lo juré y estoy obligado a obedecerle— le obedeceré; y si quieres que, de acuerdo con las prescripciones del extranjero, veamos primero de conjurar tu alma con los ensalmos del tracio, remediaré también tu cabeza. Pero, si no, no sabría qué hacer contigo, querido Cármides.

Oyendo Critias que yo decía estas cosas, exclamó:

CRITIAS. — Feliz coincidencia, Sócrates, sería para este joven la flojera de su cabeza, si esto le obligara a mejorar toda su capacidad intelectual [διάνοιαν]. No obstante, te digo que Cármides no sólo se distingue de los de su edad por el aspecto [οὐ μόνον τῇ ἰδέᾳ], sino por esto para lo que, según tú, tienes el ensalmo; porque dices que lo tienes para la sensatez, ¿no?

159 b

Y él empezó a vacilar y daba la impresión de que no quería responder; pero después dijo que la sensatez le parecía algo así como hacer todas las cosas ordenada y sosegadamente, lo mismo si se va por la calle, si se dialoga, o si se hace cualquier otra cosa. «En resumidas cuentas, dijo, a mí me parece que es algo así como tranquilidad [ἡσυχιότης] aquello por lo que preguntas».

160 e

CÁRMIDES. — Me parece, en verdad, dijo, que la sensatez hace tímido y pudoroso al hombre, de modo que es algo así como el pudor, la sensatez [εἶναι ὅπερ αἰδῶς ἢ σωφροσύνη].

161 b

CÁRMIDES. — A mí me parece, Sócrates, dijo, que te expresas correctamente. Pero fíjate en esto, a ver qué opinas en relación con nuestro tema. Es que me acabo de acordar -cosa que alguna vez oí a alguien que lo decía de que bien podría ser la sensatez algo así como «ocuparse de lo suyo» [τὸ τὰ ἑαυτοῦ πράττειν]. Mira, pues, si te parece que anduvo en lo cierto el que esto dijo.

SÓCRATES. — ¡Ah bandido!, exclamé, eso lo has oído tú de Critias o de alguno de estos sabios.

Critias irritado

162 c-d

Se veía que Critias, que, desde hacía rato, se sentía atacado y con ganas de hacer méritos ante Cármides y los presentes, no fue capaz de contenerse ya más tiempo. Tanto más, que me pareció que era verdad lo que había supuesto, o sea: que Cármides había escuchado de Critias aquella definición de sensatez. Así pues, queriendo Cármides no ser él, sino Critias, quien tuviera que dar cuenta de la definición, le animaba haciéndole ver como que hubiera sido refutado. Critias apenas si podía ya contenerse y me parecía que estaba empezando a enfadarse con Cármides, como un autor con el artista que representa mal sus obras.

Primera definición (162 d-e)

CRITIAS. — ¿Quieres decir, Cármides, que si tú mismo no sabes qué tenía en la cabeza quien definió la sensatez como «ocuparse de lo suyo», el que tal definió tampoco lo sabía?

SÓCRATES. — Pero, mi buen Critias, tercié yo, que no lo sepa Cármides a sus años no es raro. Tú, por el contrario, bien que lo sabrás, por tu edad y tu cultura. Si, pues, estás de acuerdo en que la sensatez sea lo que éste dice y aceptas su discurso, con mucho mayor placer examinaré yo mismo contigo si es, o no, verdad lo que se ha dicho.

CRITIAS. — Claro que estoy muy de acuerdo, dijo, y acepto la discusión.

Segunda definición (163 e)

CRITIAS. — Pero, en verdad, dijo, sostengo que quien no hace bien sino mal, ése no es sensato, y que lo es quien hace bien y no mal. Te defino, pues, claramente la sensatez, como el ocuparse con buenas obras.

Tercera definición (165 a)

CRITIAS. — Porque «el conócete a ti mismo» y el «sé sensato» son la misma cosa, según dice la inscripción, y yo con ella.

Cuarta definición (166e)

CRITIAS. — Digo, pues, añadió él, que, de entre todos los otros saberes, ella es el único que lo es de sí misma y de todos los demás.

Cuarta definición *plus ultra* (166 b-d & “la transparencia de la estructura de cada uno de los seres”)

SÓCRATES. — Dime, pues, ¿de qué es saber la sensatez y qué obra produce que sea distinta de sí misma?

CRITIAS. — Esa es la cuestión, Sócrates, dijo. En tu pregunta has caído en aquello en lo que la sensatez se distingue de todos los otros saberes. Pero tú buscas una semejanza de ella con los otros, y esto no es así, sino que todos los otros saberes lo son de algo, pero no de sí mismos, mientras que ella es la única que, además de un saber de todos los otros, lo es de sí misma [ἐπιστημῶν ἐπιστήμη ἐστὶ καὶ αὐτὴ ἑαυτῆς]. Y esto no debería de habérsete ocultado, pero si así ha sido es porque creo que estás haciendo lo que antes no decías que

hacías: que estás tratando de refutarme a mí y estás olvidándote de aquello sobre lo que versa el discurso.

SÓCRATES. — ¿Cómo puedes suponer algo así?, dije yo. Estás pensando que, por refutarte a ti mismo realmente, yo lo hago por otra causa distinta de aquella que me lleva a investigarme a mí mismo y a lo que digo, por temor tal vez, a que se me escape el que pienso que sé algo, sin saberlo [φοβούμενος μή ποτε λάθω οióμενος μέν τι ειδέναι, ειδὼς δὲ μή]. Te digo, pues, qué es lo que ahora estoy haciendo [ποιεῖν]: analizar nuestro discurso, sobre todo por mí mismo, pero también, quizá, por mis otros amigos [τὸν λόγον σκοπεῖν μάλιστα μὲν ἑμαυτοῦ ἔνεκα, ἴσως δὲ δὴ καὶ τῶν ἄλλων ἐπιτηδείων]. ¿O es que no crees que es un bien común [ἢ οὐ κοινὸν οἶει ἀγαθὸν] para casi todos los hombres el que se nos haga transparente la estructura de cada uno de los seres [γίγνεσθαι καταφανὲς ἕκαστον τῶν ὄντων ὅπῃ ἔχει]?

La “definición” de Sócrates

166 e-167 a

SÓCRATES. — ¿Y no es verdad, dije yo, que tal vez sea saber del no-saber si es que lo es del saber?

CRITIAS. — Claro que sí, dijo.

SÓCRATES. — En efecto, sólo el sensato se conocerá a sí mismo y será capaz de discernir realmente lo que sabe y lo que no sabe, y de la misma manera podrá investigar qué es lo que cada uno de los otros sabe y cree saber cuando sabe algo, y además qué es lo que cree saber y no lo sabe. Porque no habrá ningún otro que pueda saberlo. Esto es, pues, el ser sensato y la sensatez y el conocimiento de sí mismo: el saber qué es lo que se sabe y lo que no se sabe. ¿Es esto lo que quieres decir?

CRITIAS. — Eso es, dijo.

SÓCRATES. — Así pues, otra vez [πάλιν τοίνυν], dije yo, «a la tercera va la vencida [τὸ τρίτον τῷ σωτήρι]», de modo que vamos a examinar de nuevo y en primer lugar la cuestión de si es esto posible o de si no lo es [ὥσπερ ἐξ ἀρχῆς ἐπισκεψώμεθα πρῶτον μὲν εἰ δυνατόν ἐστὶν τοῦτ' εἶναι ἢ οὐ] —el saber que se sabe lo que se sabe y que no se sabe lo que no se sabe [τὸ ἃ οἶδεν καὶ ἃ μὴ οἶδεν εἰδέναι ὅτι οἶδε καὶ ὅτι οὐκ οἶδεν]—, y en segundo lugar —si algo así es realmente posible—, qué utilidad [ὠφελία] nos reportaría a los que lo sepamos.

CRITIAS. — Sí, eso precisamente es lo que tenemos que investigar, dijo.

SÓCRATES. — Mira, pues, oh Critias, continué yo, si de todo esto encuentras, antes que yo, una salida [εὐπορότερος φανῆς], porque, de verdad, estoy en una aporía [ἀπορῶ].

167 b-d

SÓCRATES. — ¿No es verdad, proseguí yo, que se daría todo eso, si acontece lo que hace un momento decías: que hay un solo saber que no lo es de otra cosa sino de sí mismo y de los demás saberes, y que, a la par, ese mismo saber lo es de la ignorancia?

CRITIAS. — Ciertamente.

SÓCRATES. — Date cuenta, pues, compañero, de qué extraña cosa es esa de la que estamos hablando. Pues cuando tú, en otros casos, haces una investigación semejante, pienso que llegará a parecerse inviable.

CRITIAS. — ¿Cómo?, y ¿en qué casos?

SÓCRATES. — En los siguientes: imagínate por un momento que se da una especie de visión que no dice relación con aquello de lo que normalmente es visión la visión, sino que es visión de sí misma y de las demás visiones, y también, de las no-visiones; y siendo como es visión, no ve color alguno, sino sólo se ve a sí misma y a las otras visiones. ¿Te parece a ti que existe algo así?

CRITIAS. — ¡Por Zeus, que no!

De vuelta a la investigación con Critias

169 b-d

SÓCRATES. — Con todo, me atrevo a vaticinar que la sensatez es algo útil y bueno.

CRITIAS. — Tú, pues, hijo de Caliscro -al fin de cuentas eres tú el que ha sentado la tesis de que la sensatez, es un saber del saber y de la ignorancia-, explícame, en primer término, que es posible demostrar lo que antes decías y, después de esta posibilidad, pruébame que es útil. Entonces, tal vez quede satisfecho con la definición que has dado de lo que es la sensatez.

Y Critias, oyendo estas cosas y viendo que yo andaba perplejo —como a aquellos que, viendo bostezar a los que tienen enfrente, les entran ganas de hacer lo mismo—, me pareció que estaba contagiado por mi incertidumbre y vencido por la aporía. Y como también estaba siempre muy pendiente de su reputación, se avergonzaba ante los que allí se encontraban, y por un lado no quería concederme que era imposible dar cuenta de las cuestiones propuestas, y por otro no decía nada claramente, intentando ocultar la aporía.

170 e-171 a

SÓCRATES. — En consecuencia, no será capaz de distinguir a aquel que pretende pasar por médico, de quien lo es realmente, ni a ningún otro que tiene conocimiento, de quien no lo tiene. Pero partamos de lo siguiente: si un hombre sensato o cualquier otro quiere distinguir al que es de verdad médico del que no lo es, ¿no es verdad que procederá así: sin duda que no hablará con él sobre medicina, pues según decimos el médico no entiende de otra cosa que de la salud y de la enfermedad? ¿No es así?

CRITIAS. — Sí, así es.

SÓCRATES. — Sobre el saber no sabe nada, pues esto se lo hemos dejado sólo a la sensatez.

CRITIAS. — Sí.

SÓCRATES. — Y sobre la medicina tampoco sabe nada el médico, ya que la medicina resulta que es un saber.

CRITIAS. — Es verdad.

SÓCRATES. — Que el médico posee algún saber lo conocerá el sensato, pero, obligado a intentar descubrir qué es, ¿no preguntará por sus contenidos? ¿O es que cada saber no está demarcado, no como simple saber, sino como tal saber, o sea por su relación con algo concreto?

CRITIAS. — Si que está demarcado.

SÓCRATES. — Y la medicina se demarca de otros saberes por ser un saber de la salud y de la enfermedad.

172 d-e

SÓCRATES. — Tal vez, dije yo. Tal vez hemos estado buscando una cosa inútil. Se me ocurre esto, porque hay un par de cosas que me parecen sin sentido en la sensatez, si es que es así como decimos. Vamos, pues, a ver si podemos ponernos de acuerdo en que es posible que se dé un saber del saber y en que aquello que, desde un principio hemos propuesto como sensatez, o sea el saber lo que se sabe y lo que no se sabe, no lo dejemos de lado, sino que lo aceptemos. Y aceptando todo esto, examinemos mejor, si así delimitada, nos será útil en algo. Porque lo que decíamos antes de que la sensatez sería un bien inmenso, como guía de la administración de la casa y de la ciudad, no me parece, Critias, que lo hemos conjugado acertadamente [ὡς μέγα ἂν εἴη ἀγαθὸν ἢ σωφροσύνη εἰ τοιοῦτον εἴη, ἡγουμένη διοικήσεως καὶ οἰκίας καὶ πόλεως, οὗ μοι δοκοῦμεν, ὃ Κριτία, καλῶς ὠμολογηκέναι].

CRITIAS. — ¿Cómo es que no?, dijo él.

SÓCRATES. — Porque, le dije, hemos admitido demasiado fácilmente que sería un gran bien [μέγα τι ἀγαθὸν εἶναι] para los hombres, si cada uno de nosotros nos ocupáramos de aquellas cosas que sabemos, y las que no sabemos las dejaremos para los que la saben [ἄ μὲν ἴσασιν, πράττειεν ταῦτα, ἃ δὲ μὴ ἐπίσταιντο, ἄλλοις παραδίδοιεν τοῖς ἐπισταμένοις].

173 a-d

SÓCRATES. — Creo, dije a mi vez, que estoy diciendo tonterías; pero, al mismo tiempo, sigo creyendo que es necesario ir tras esas imágenes que nos pasan por la cabeza y no dejarlas escapar sin más ni más, por muy poco aprecio que uno tenga de sí mismo.

CRITIAS. — Bien estás hablando, dijo.

SÓCRATES. — Escucha, pues, mi sueño; bien sea que haya pasado por la de cuerno o por la de marfil. Porque si la sensatez, tal como la hemos definido ahora, nos guiase realmente, tendría que ocuparse de todo, según el contenido de los distintos saberes, y ningún timonel que dijese, sin serlo, que lo era, nos podría engañar, ni ningún médico o estratega, o quienquiera que sea, que se las diese de que sabe algo sin saberlo, nos podría pasar desapercibido. Siendo así las cosas, ¿qué nos podría pasar, sino que precisamente los cuerpos serían más sanos que ahora, que escaparíamos mejor a los peligros del mar y de la guerra y que todo nuestro mobiliario, vestimenta y calzado, y, en definitiva, todas nuestras cosas y, en general, todo absolutamente estaría hecho más esmerada y artísticamente, porque dispondríamos de auténticos artesanos? Si quieres podemos ponernos de acuerdo en que el arte adivinatoria sea un saber de lo que tiene que pasar y en que la sensatez, sabiendo de ella, tenga a raya a los charlatanes, y, a los que sean verdaderamente adivinos, nos los presente como precursores del futuro. Convengo en que el género humano, así preparado, obraría y viviría más sabiamente, porque la sensatez no permitiría que, bajo su vigilancia, se colase, como colaboradora nuestra, la ignorancia [ἡ γὰρ σωφροσύνη φυλάττουσα οὐκ ἂν ἐφῆ παρεμπίπτουσαν τὴν ἀνεπιστημοσύνην συνεργὸν ἡμῖν εἶναι]. Sin embargo, que obrando así de sabiamente, obraríamos bien y seríamos más felices [ὅτι δ' ἐπιστημόνως ἂν πράττοντες εὖ ἂν πράττοιμεν καὶ εὐδαιμονοῖμεν], eso, querido Critias, es cosa que aún no podemos alcanzar.

CRITIAS. — Pero, en verdad, dijo él, no encontrarás fácilmente ningún otro fin para las buenas obras [τι τέλος τοῦ εὖ πράττειν], si desdeñas el del conocimiento.

175 a-176 a

SÓCRATES. — Ves, pues, oh Critias, por qué yo, desde hace un rato, había comenzado a tener miedo y me estaba reprochando, con razón, a mí mismo que nada útil sacaríamos con lo de la sensatez. Porque en ese caso, lo que todos tienen por más apetecible no se habría presentado como inútil, al menos si yo fuera útil para una buena pesquisa. Ahora, en cambio, hemos sido derrotados en toda la línea y no podemos encontrar sobre qué cosa se apoyó el legislador que estableció este nombre de «sensatez».

Y el caso es que nos hemos puesto de acuerdo en muchas cosas que después no nos han coincidido en el discurso. Nos pusimos de acuerdo en que había un saber del saber, no permitiéndolo el discurso, ni diciendo que lo hubiese. Y nos pusimos de acuerdo en que, con ayuda de esta ciencia, podíamos conocer los efectos de todas las otras —cosa que tampoco permitió el discurso— a fin de que el sensato viniese a ser conocedor de las que sabe porque las sabe, y de las que no sabe porque no las sabe. Todo esto, pues, lo hemos concedido con excesiva generosidad, sin darnos cuenta de lo imposible que era que las que uno no sabe de ninguna forma, las sepa, sin embargo, de algún modo. Porque nuestro acuerdo viene a decir que se saben aquellas cosas que no se saben, aunque, en mi opinión, no había nada que nos pareciera más sin sentido que esto. Y, sin embargo, siendo nuestra pesquisa tan de buenos modales y tan poco dura, no por ello ha podido encontrar mejor la verdad, sino que de tal manera ésta se ha reído de aquélla, que lo que hemos llegado a alcanzar, tras mucho tira y afloja, como característico de la sensatez, nos ha mostrado hasta el límite su total inutilidad.

Por mí no me irrito mucho dije yo, pero sí, Cármides, por ti, porque, siendo tú como eres de aspecto y, además, tan sensato de ánimo, para nada te servirá esta sensatez, ni te aprovechará en algo el que esté presente en tu vida. Pero todavía me irrita más por el ensalmo aquel que aprendí del tracio y que, después de tanto esfuerzo, descubro ahora como algo baladí. Con todo, no creo que esto sea así, sino que lo que pasa es que yo he planteado mal mis pesquisas, puesto que la sensatez es un gran bien y, si la posees, eres feliz. Mira, pues, si la tienes y no precisas del ensalmo. Porque si la tienes, más bien yo te aconsejaría que me tomases por un tonto que no puede hacer caminar su discurso. En cuanto a ti mismo, cuanto más sensato seas, tanto más feliz considérate.

176 c-d

SÓCRATES. — Cierto que lo seguiré, dijo, y no me despegaré de él. Sería algo indigno que no me dejase persuadir por mi tutor y no hiciera lo que mandas.

CRITIAS. — En verdad, dijo, que te lo mando.

CÁRMIDES. — Así pues, lo haré, dijo, y empezando desde hoy mismo.

SÓCRATES. — ¡Eh!, vosotros, ¿qué andáis ahí tramando [τί βουλευέσθον ποιεῖν]?, les dije yo.

CÁRMIDES. — Nada, respondió Cármides, ¡que ya lo hemos tramado!

SÓCRATES. — ¿Vas a obligarme, dije yo, sin darme plazo de preparación [ἀνάκρισίν]?

CÁRMIDES. — Sí que te obligo, dijo, pues éste me manda a mí. Piensa tú, a tu vez, que es lo que harás.

SÓCRATES. — ¡Pero si ya no me has dejado posibilidad alguna de deliberar! Porque, una vez que te has empeñado en hacer cualquier cosa, forzándolo si es preciso, no habrá nadie capaz de oponérsete.

CÁRMIDES. — En ese caso, dijo él, no te me opongas tú.

SÓCRATES. — No, no me opondré.